

volucionario», «Las Casas, o una mirada retrospectiva hacia el futuro». Estos cuatro trabajos muestran las mismas características que los contenidos en el libro anterior. Una prosa directa y objetiva, libre de efectismos, deliberadamente emparentada con la narración científica. Un punto de vista en apariencia desapasionado que no oculta los impulsos que animan al escritor, pero que privan de sentimentalismo, de toda veleidad melodramática, el ejercicio de decorticar e incidir los focos purulentos, el arte de establecer las causas y las líneas maestras de los hechos oscuros de la historia. No en vano se habla de Brecht al nombrar a Enzensberger, quizá porque ambos se «extrañan» del objeto a analizar para investigarlo y ofrecerlo con mayor riqueza y claridad. Ese tono distanciado, en apariencia neutral, destinado a descubrir los hechos y mostrar la indignancia, falsía e imposibilidad de ser neutral, es una constante en los discursos políticos de Enzensberger.

En efecto, los cuatro ensayos que forman el libro son otros tantos textos políticos, publicados entre 1969 y 1972. El primero, y el que en principio despertaba mi mayor interés, analiza los esquemas mentales o razones de clase de los mercenarios cubanos encuadrados por la CIA que invadieron Cuba y fueron derrotados en Playa Girón o Bahía Cochinos, tanto da, por las Fuerzas Armadas y las milicias populares. El núcleo de esta investigación no es el prolijo relato de los antecedentes y azares de la invasión, sino, ante todo, el interrogatorio público de los prisioneros. Se desarrolló éste durante cuatro tardes de abril de 1961, y fue transmitido por radio y televisión. El texto de los interrogatorios públicos es el auténtico objeto de análisis, demostrativo de cuáles son los esquemas men-

tales de una clase dominante, capaz de revolverse violentamente contra el pueblo al ser desplazada del poder y perder sus posesiones y privilegios.

Lo típico, lo específico de esta situación, es el hecho de que el pueblo escarnecido y explotado de ayer sienta a sus antiguos señores ante el mundo, y les hace exponer su ideario, su concepción de la sociedad y del hombre. Pero para llegar a esto es necesario vencer; entre tanto, la clase en el poder se protege siempre tras un muro de mitologías y mentiras. «Es evidente —dice Enzensberger— que una clase dominante no permite que se la interroge, a menos que ya esté vencida... La clase gobernante sólo puede ser obligada a hablar en calidad de contrarrevolución vencida».

Las declaraciones de estos mercenarios sirven para poner en claro cómo es y cómo piensa la burguesía cubana partícipe de esta aventura militar contra las transformaciones populares de su país. Así, el escritor, recogiendo testimonios, establece las líneas fundamentales que caracterizan a este grupo humano, su noción de propiedad, socialismo, libertad, democracia, etcétera. Sus vínculos con la represión y la tortura. Todos rechazan cualquier parentesco político o amistoso con Calviño —mercenario también y antiguo policía político: «uno de los peores verdugos de Batista». Quieren distanciarse de la cara sucia y horrible de sus formas de dominación: la represión sangrienta, como si hicieran abstracción mental y no comprendieran que a ella «deben su poder y todos la sirven».

En definitiva, los interrogatorios son una demostración, un espectáculo teatral —pues son convencionales: convención al más alto nivel histórico—. Así lo entiende también Enzensberger y así lo comprendió Manfred Wekwerth, quien montó

en el Deutsches Theater, de Berlín Oriental (1970), este «Interrogatorio en La Habana» con el texto establecido por el autor de este ensayo esclarecedor.

El segundo trabajo del libro está dedicado a establecer el grado de vitalidad y presencia efectiva del Partido Comunista cubano en la Revolución. El análisis de la historia de esta formación antes de 1959, sólo sirve para establecer las contradicciones entre el antiguo PSP (Partido Socialista Popular) y las «ideas» de Fidel en los años cincuenta. Su papel después se abre sobre el posible enfrentamiento entre lo que debiera ser trabajo colectivo partidista y dirección personalista de Fidel. Enzensberger hace una afirmación inquietante: «Fidel necesita al Partido, pero no lo puede soportar», por eso, concluye, esta es una organización política «sin comités electos, sin congresos, sin estatutos, sin programa político... Un Partido sin raíces históricas, sin sustancias teóricas; un Partido sin poder...». Inquietante, repito, en el análisis efectuado.

«El turismo revolucionario» es un estudio histórico de cómo la izquierda europea ha testimoniado en sus escritos sus visitas a la URSS desde los días de la Revolución. De la opinión de quienes ensalzan sin límites a quienes critican sin método, de los decepcionados a los objetivos, saca la conclusión de que ya no hay excusas: hay que ir, hay que ver, hay que analizar, ahora que los intermediarios —instituciones como la «delegación» rusa— se baten en retirada.

Por fin, el estupendo estudio sobre la obra del dominico español Bartolomé de las Casas (1474-1566), demuestra su conocimiento de la obra de este apasionado y lúcido defensor de los indios americanos, acusador implacable de la rapiña de los conquistadores españoles en las tierras recién

descubiertas. Este español ilustre, que no tiene una estatua, ni un recuerdo, ni siquiera sepulcro conocido, al que se intentó aplacar con cargos que sólo sirvieron de plataforma a su permanente requisitoria pública, fue y ha sido secularmente blanco de calumnias, insultos, agresiones y vituperios por parte de quienes entodios y después se sintieron atacados: los grupos que vieron peligrar sus intereses económicos de casta ante la predicación justiciera del dominico y los intelectuales que les sirven y escriben su historia.

Este último trabajo de Enzensberger ayuda a restituírnos la figura de De las Casas, por encima de patrañas, odios o insuficiencias científicas. Un De las Casas que ya entonces —aun respetuoso del orden establecido, como hombre de su tiempo— reconocía, sin embargo, que los pueblos oprimidos mantienen «una lucha justa, que cualquiera que fuera hombre razonable y justo la justificaría». ■ J. A. HORMIGON.

### La Iglesia en la España contemporánea

Con un título que orientará («Las asociaciones religiosas en la España contemporánea»), le publica la Editorial Taurus a José Manuel Castells una excelente contribución a la historia contemporánea de la Iglesia española.

La Iglesia española —como dice muy bien el profesor Artola— es la gran ignorada de nuestra historiografía, a pesar de haber sido la protagonista principal de casi toda nuestra historia.

Nuestra Iglesia, profundamente clerical, ha tenido dos momentos en que pudo haberse liberado de este mal endémico que llevamos a cuestas todos los españoles creyentes y no creyentes. Y estas dos ocasiones fueron las de las dos Repúblicas, pero no supimos aprove-

char tales oportunidades para nuestra desgracia, para nuestro atraso y para nuestra pérdida inútil de energías en contra o a favor de esta gran organización tan anticuada que ha resultado la Iglesia en España.

El libro de Castells, en un lenguaje claro y que procura hacerlo lo más asequible posible, a pesar de los muchos datos que aporta, nos da una visión imparcial y nada partidista —cosa bien difícil en nuestro país— de esta historia contemporánea de la Iglesia.

Aquí vemos con claridad que «el anticlericalismo de 1868 respondía a un movimiento eminentemente popular», y por primera vez en nuestra historia se oyeron entonces en nuestras Cortes ataques claros y decididos a nuestro catolicismo tradicional. Pero aquello duró bien poco. La fuerza de muchos grupos religiosos conservadores y de la estructura eclesiástica dio al traste con las posibilidades de aquellos momentos.

Es por demás interesante la última parte del libro, en donde se describe con gran precisión la historia de la Iglesia durante nuestra Segunda República, y que deberían conocer mejor la mayoría de los españoles, que son aquellos que no pudieron estar presentes físicamente por su edad en tales momentos.

Muy significativo del buen espíritu con el que los intelectuales de la República quisieron enfocar el problema religioso para buscar una fórmula de independencia digna entre el Estado y la Iglesia fue el anteproyecto que la Comisión Jurídica elaboró de la nueva Constitución de la República. Aceptaba esta Comisión la separación de la Iglesia y del Estado, otorgando a aquella «la configuración de corporación especial de derecho público». Pero, aunque los intelectuales republicanos vieron bien esta propuesta, y el Va-

ticano parecía inclinarse por esta fórmula, los grupos católicos y la mayoría de los grupos políticos republicanos echaron al traste esta solución inteligente y ejemplar, que es la que se había ensayado en Alemania con la Constitución de Weimar.

Únicamente echo a faltar en estos datos la propuesta de última hora de los diputados católicos de oposición, propugnando una nueva redacción en sentido favorable a la libertad religiosa. Curiosa postura cuando ya habían perdido toda posibilidad de un claro y exclusivo privilegio para la Iglesia católica.

Un libro imprescindible es éste para nuestra historia religiosa contemporánea. ■ ENRIQUE MIRET MAGDALENA.

### ARTE

*Hace ya algunos años —no pocos— que Guillermo Delgado se escapó de la vanguardia del arte. Dimitió de ella. Se fue de ella no por el miedo que puede llegar a producir la primera línea, aunque no sea más que la del arte. No por el deseo de abandonar la inseguridad en la lucha. Se fue... acaso por el tedio de tener que buscar siempre lo que no se sabe si existe; se fue por el deseo de dejar a la vanguardia para dedicarse exclusivamente a la pintura... Yo creo que él antes buscaba a la pintura desde la vanguardia. Pues ha cambiado de táctica y de camino. Ahora él —sigo creyendo— se ha puesto a buscar a la vanguardia desde la pintura. Ahora tiene abierta una exposición en Madrid.*